

sa de Enrique siempre hemos ido todos muy de grado, seguro de gozar un rato de esparcimiento inolvidable. Allá van los buenos músicos, los buenos conversadores, los buenos poetas, los buenos artistas, ó tal vez de allá vienen convertidos en buenos los malos, porque señora y reina de la casa es la bondad suprema. Ojalá que la *segunda época* de *El Renacimiento* sea la última y dure muchos años." El *Monitor Republicano* al acusar recibo del último número se sirvió honrarnos más de lo que merecíamos, diciendo así: "Es de lamentar la desaparición de *El Renacimiento*, porque en él se refleja el verdadero movimiento del progreso literario en nuestro país. Todo lo bueno desaparece entre nosotros; sólo subsiste lo malo."

La época no es ciertamente de lo más propicio para las letras: el que escribe rara vez encuentra recompensa material á sus trabajos, y gracias si consigue hacer bastante notable su nombre para alcanzar en una oficina pública un escaso sueldo que le permita sustentarse, formando expedientes ó redactando y copiando minutas. No hay vida literaria: la sociedad que más había conseguido prolongar su existencia, no muy vigorosa por cierto, puesto que sesiones tuvo en que no pasaba de ocho á diez escritores la asistencia, fué *El Liceo Mexicano*, que se reunía en el antiguo coro de San Agustín, hoy Biblioteca Nacional; y hace ya meses que el *Liceo* murió, y que sólo nos acordamos de él quienes lamentamos su desaparición; el periódico literario que le sirvió de órgano y que no pasa en conjunto de mucho más de mil páginas en seis años, ó sean doscientas más que el primer *Renacimiento*, que sólo duró un año, también dejó de publicarse hace mucho tiempo, aunque un Ministerio le ayudaba dándole gratis la impresión y composición. Hoy sólo va viviendo la *Revista Azul* fundada por el distinguidísimo literato Manuel Gutiérrez Nájera, pero no sola é independiente sino como número de los Domingos del periódico político *El Partido Liberal*: aun así, y especialmente después del fallecimiento del fundador, no es la *Revista Azul* un semanario verdaderamente nacional, y sí más bien un repertorio ó recolección de traducciones de escritores franceses y de reproducciones de artículos y versos de literatos españoles y de países hispano-americanos, figurando en número reducido las composiciones originales de autores mexicanos. *El Renacimiento* en su segunda época fué todo lo contrario en plan á la *Revista Azul*, y por sus condiciones lujosas de impresión é ilustraciones resultaba un periódico carísimo para el Editor, y con sólo *cuatrocientos suscritores* que tuvo, sufrió grandes pérdidas: por otra parte, poca ó mínima utilidad material habría dado, aunque hubieranse vendido los mil ejemplares que se imprimían. Estos apuntes confirman la verdad de nuestro aserto de que la actual época no es de lo más propicio para las letras. Los editores de los periódicos políticos *La Patria* y *El Tiempo* publican también sus *Domingos literarios*,

y, el primero, el llamado la *Revista de México*; pero todos ellos pesan poco en la balanza de nuestra literatura, por más que en todos también aparezcan más de una vez estimabilísimos trabajos. Falta el entusiasmo en la misma medida que falta la recompensa. Los concursos literarios que de vez en cuando promueven personas ó corporaciones estimables, prometen premios de tal miseria que nadie se ve tentado á disputarlos por su valor ni importancia. Los escritores de positiva nombradía rara vez producen ó publican sus producciones, ó porque ya están satisfechos con sus honores de otros días, ó porque creen hacer mejor uso de su actividad en artículos políticos y sensacionales, ó porque temen á la crítica vanal ó injusta que, muchas veces, es únicamente la baba corrosiva de la envidia más ruin.

Otra clase de crítica, la verdadera, la seria, es hoy día peligrosísimo ejercerla: quienes á ella se dedican, sólo alcanzan disgustos de todas clases y son vejados y aun insultados con el mayor desplante. Ni aun las críticas relativas al arte en general son bien aceptadas ni mucho menos sufridas.

Desgraciadamente la mayoría de quienes hoy por hoy pretenden ejercer la crítica entre nosotros, ni son competentes para tan difícil ejercicio, ni tienen la calma y la serenidad del juicio que tan alta misión exige. Las más de las veces la crítica se reduce á la diatriba impertinente ó á la injuria villana, y es que el periodismo está en mucha parte entregado á gente indigna de ejercerle, y si por fortuna no faltan en él dignísimos órganos de opinión ó de partido como *El Nacional*, *La Patria*, *El Partido Liberal*, *El Monitor Republicano*, *El Diario del Hogar*, *L'Echo du Mexique*, *The Two Republics*, *El Correo Español*, *El Municipio Libre* y algunos otros, no faltan algunos más que, mejor ó peor escritos, son eco de fracciones exclusivistas y mal intencionadas, que sólo sirven á sus propios intereses y personalidades y lastiman y ofenden á todo el que no es suyo, y no únicamente no le hacen honor, sino que desacreditan no sólo á su propia causa, que es lo de menos, sino también á su patria. Desaparecidas, por más ó menos durable tiempo, las encarnizadas luchas civiles armadas, los partidos contendientes en ellas, se han subdividido no en fracciones sino en fragmentos que se vejan, insultan y escarnecen entre sí, y vejan, insultan y escarnecen á los demás. Los órganos conservadores en la prensa mexicana, no son los menos divididos: sus principales diarios *El Tiempo* y *La Voz* jamás están de acuerdo en punto alguno que no sea el odio ciego á los principios liberales, y en todo lo demás, aun en materias religiosas, se oponen y combaten el uno al otro, y aun se exponen á las reprimendas y censuras de las autoridades eclesiásticas. Con un olvido absoluto del precepto cristiano de amor al prójimo, tienen para con éste, por regla de conducta, la egoísta blasfemia social de *fuera de mi círculo, no hay hermano ni aun se-*

*mejante.* Todo lo que no es suyo, aunque esté más alto que ellos en virtud sin fórmulas hipócritas, en méritos literarios, artísticos, políticos, sociales y aun sencillamente humanitarios, no halla ni una simpatía de caridad en sus miserables columnas. Sus tareas han sido muchas veces desaprobadas por los jefes de la religión en México, y el muy ilustrado, bondadoso y venerable Sr. Labastida, penúltimo Metropolitano, dijo y avisó á los católicos que su único órgano, en asuntos que pudieran pasar á la prensa, sería el *Boletín Eclesiástico*, y recomendó á los demás la prudencia, la mesura y la caballerosidad para sus contrarios y para consigo mismos. Siempre la ciega pasión ha sido la brújula de esos periódicos, y sólo una que otra vez, cuando redactaban *La Voz*, algunos verdaderamente grandes y notabilísimos escritores católicos, que en su mayoría han muerto, ese periódico ha sido digno de estudio y de aplauso. *El Tiempo* es una sólida y bien sostenida empresa comercial periodística, creada para obtener buenas utilidades pecuniarias, y como periódico de combate, llena su objeto y da muy buenos productos á sus socios. Nunca elogia ni celebra á uno que no sea exclusivamente suyo sino en el caso de que el elogio pueda ganarle un adepto, ó picar y lastimar al círculo del elogiado. Que esta conducta de los periódicos de su comunión es un propósito rudamente obstinado, se demuestra con el hecho de que, fuera de las oficinas del periódico, la mayoría de las personas que le redactan, son amabilísimos caballeros que no niegan ni escasean á quienes tienen por contrarios las más exquisitas demostraciones de sociabilidad y buena educación, y se puede y se debe buscar y conservar su trato y sus relaciones seguros de proporcionarse en ello un trato y unas relaciones agradables. Conocemos por experiencia propia hasta donde son amables y finos como particulares, y enconosos é injustos como periodistas.

En otros círculos ó fracciones del periodismo netamente liberal, sucede también mucho de lo anteriormente dicho. Igual exclusivismo y egoísmo igual: uno es el periodista como tal, y otro como caballero. El frío y descarnado positivismo, hace entre los liberales el mismo efecto que la superstición entre sus opuestos: los convierte en fanáticos intransigentes. En el vano supuesto de que su *ciencia* es la ciencia única, se hinchan de soberbia, y sólo se creen sabios, distinguidos y útiles, á sí mismos: también ellos creen que *fuera de su círculo no puede haber ni hermano ni semejante.* Quienes no escriben su monserga ampulosa y decadente, son unos atrasados: quienes con ellos no se burlan de todo lo tradicional, aunque sea sano, bueno y santo, es otro atrasado: sólo ellos creen poseer la verdad, conocer lo justo, estar en lo cierto, pensar bien, expresarse mejor, y á todos los demás tienen por ignorantes y por imbéciles: su liberalismo es idéntico al del *sacristán* de *La Marsellesa* que para todo concedía libertad menos

para pensar y obrar de modo distinto al suyo: para ellos no existe ni amistad, ni familia, ni patria, si los deberes que para con ellas tiene todo hombre racional pueden en modo alguno estorbar la brutal satisfacción de su egoísmo. Y á una causa semejante, triste es confesarlo, no faltan sostenedores y mantenedores de talento: hay en el grupo que á sí mismo se apellida *científico*, no uno sólo sino muchos escritores muy ilustrados, muy inteligentes y entendidos y muy sabios en diferentes ramos, que asombra positivamente cómo pueden sostener teorías que pugnan y se contradicen con la ilustración, la inteligencia y la sabiduría que á muchos de ellos reconocemos. Algunos de esos hombres verdaderamente notables, escriben y apostolizan en *El Universal*, diario que por su buena administración es hoy día uno de los que más circulan en el país, sobre todo entre la gente que busca el periódico á la *americana*, con muchas hojas, con mucho papel y con muchas letras, aunque esas muchas hojas y mucho papel no tengan mayor cantidad de lectura que los periódicos á que estamos acostumbrados, pues con poca atención que en ello se ponga, se ve que esos periódicos á la *americana*, entre sus detestables grabados, sus grandes títulos en letras de cartel, y la cantidad de anuncios, reducen su lectura y verdadero trabajo periodístico á muy mínima suma de interés. Pero no; ese no es el verdadero periódico que conviene á nuestra raza y á nuestras costumbres y medio social. Ese periodismo extravía la opinión, no educa ni enseña nada útil, y si como empresa mercantil es productivo, nadie debe envidiar un dinero que se arranca por los reprobados medios de ofender á todo lo que merece respeto, y de halagar los odios, las envidias y la pobreza de espíritu de los ignorantes y los decepcionados. Algo más noble, generoso y levantado debe ser el partido ó agrupación que, después de todo, ningún privilegio puede tener para llamarse *científico*, pues *ciencia* no puede ser sinónimo de *exageración.* De la última, la exageración, usan lo mismo que aquellos los llamados *jacobinos*, y el órgano de éstos que lo es en México el periódico llamado *El Siglo diez y nueve*, no sólo no es un factor importante en la marcha de la opinión, sino que arrastra hace muchos años, lánguida vida, y á cada momento pierde mayor suma de sus antiguos crédito y popularidad, que tan inmensos llegaron á ser cuando le redactaban los Morales, los Otero, y los Zarco, de gloriosísima memoria.

De los periódicos de simple información ó de *reportazgo* como hoy se dice, no tengo por qué tratar: más ó menos bien, cumplen con su misión de dar noticias *palpitantes* y *sensacionales*, y á grandes errores se expondrán en lo porvenir quienes esas noticias consulten, y pretendan servirse de ellas sin estudiarlas y confrontarlas con otras que puedan ó comprobarlas ó desmentirlas. De ese periodismo de información han sido en esta época el mejor tipo *El Gil Blas* y *El Noti-*

*cuoso*: los demás, los llamados *la pequeña prensa*, no hay por qué mencionarlos, y algunos sólo daño han hecho á sus infelices lectores, á los cuales han procurado á veces halagar escribiendo en el poco culto *argot* de la gente mal educada.

Todos los vicios y abusos apenas apuntados, porque sus detalles sólo pueden caber en libro especial que trate del periodismo en México, han producido el daño de que algunas administraciones públicas francamente liberales, se hayan visto obligadas á dictar medidas represivas, que aunque fueron necesarias y las aplaudió la generalidad sensata, ponen al periodismo en situación comprometida cuando no son bien empleadas y las aprovecha la tiranía para vengarse de quienes no aprueban sus extralimitaciones ó delitos. Dícese que nada debe de temer quien á nadie ofende; pero en asuntos periodísticos toda oposición puede ser considerada como ofensa por el funcionario á quien se ataca, puesto que necesariamente ha de padecer en ello su prestigio aparente ó real. La reforma del art. 7.º constitucional, reforma que suprimió los jurados de calificación y de sentencia para delitos de imprenta, fué ciertamente un mal; pero un mal buscado por quienes abusaron de esa hermosa garantía que el Código mexicano de 1857 quiso acordar á la libertad de escribir y publicar escritos. Lamentable es que alguna vez y por alguien pueda abusarse de esa reforma, pero todo historiador imparcial y sereno habrá de disculparla, cuando menos, si no le asusta el fatigoso estudio y prolijo examen de cierta clase de la prensa mexicana en los últimos veinte años, en muchos de los cuales los políticos, los sabios, los literatos y aun los simples particulares, han sido objeto de oposiciones, críticas, censuras y vejámenes indecorosos y canallescros. La comprobación de ello la encontrarán esos futuros historiadores en la campaña activa seguida contra los insultadores, por los diferentes periódicos muy dignos, muy decentes y muy caballerosos, con que cuenta y ha contado siempre la prensa en México, y en la relación de muchas demandas, muy justas, entabladas ante los tribunales comunes de Justicia.

El crecimiento y abuso del periodismo, ha perjudicado grandemente á las bellas letras: hoy, pocos son los que estudian y miden las fuerzas de su ingenio para ponerse á escribir, y tanto como abundan los que, allá como pueden, manejan la pluma, tanto aumentan los críticos y no parecen los literatos; *literatos* digo, porque si bien muchos no lo comprenden, el periodismo es un ramo de literatura. Cuanto más torpe es el escritor, tanto más acerada y sangrienta es su crítica, sin que en la mayoría de los casos quepan sino la venganza, al menos la revancha; pues casi siempre sucede aquello que con mucha gracia y exactitud dice Crespo, literato español, en el siguiente epigrama:

“ Mi censor, nimio á mi ver,  
hallar en mi obra procura  
algo digno de censura,  
y al fin logra ese placer.  
Yo, indulgente, más que justo,  
en sus obras quiero hallar  
algo que pueda alabar,  
pero no logro ese gusto.”

Sin duda no será para maravillar á nadie el actual estado de las bellas letras en México; mas ciertamente mucho hace quien procura su progreso en la medida de sus fuerzas, y pura y simplemente por afición y buena voluntad, pues, según varias veces he dicho, el ejercicio de la literatura en nuestro país, no puede pretender el rango de lucrativa profesión. En sus más excelsos ramos de la poesía lírica, el de la dramática y el de la novela, el producto que se obtiene es nulo y á veces negativo. Reducidísimo es el número de lectores que compren colecciones de versos y de artículos amenos: los dramas y comedias cuanto mejores son menos veces se representan, sin exceptuarse ni los procedentes de teatros europeos: el autor dramático del país ve, cuando mucho, en escena su obra, dos ó tres veces; en la generalidad de los casos nada le paga por ella la compañía que la representa, y en algunos, para que le sea admitida por los cómicos, tiene que gastar más ó menos considerable suma en hacerles tal cual regalo con que ganárselos: el novelista no encuentra suscritores sino para novelas de brocha gorda ó de asuntos religiosos, y aun así esos suscritores no son explotados por el autor mismo sino por el editor, pues con éste el mejor arreglo ó convenio que se hace es el de que una vez sacados los gastos de impresión, papel, ilustraciones y administración, las utilidades se repartan en dos partes iguales; así es como el editor pierde pocas veces y el autor no gana casi ninguna. Hubo un tiempo en que un ilustrado Ministro de Fomento, el Sr. Gral. Pacheco, protegió á escritores y literatos regalándoles la edición de las obras impresas y costeadas por su Secretaría; pero aun este beneficio fué muy limitado, porque el Ministro se guiaba, para acordar esa gracia, por los apasionados informes de algunas personas que tan sólo á sus allegados muy íntimos acordaban el privilegio del informe favorable, con desdén de la verdadera justicia y del positivo mérito. En las demás ocasiones en que un autor ocurre á pedir el apoyo de la autoridad para ayudarse á los gastos de una edición, obtiene nada ó casi nada, porque desgraciadamente el tesoro público anda siempre escaso, y el periodismo semi-oficial se lleva la mayor parte del poco sobrante disponible. La única esperanza del literato en México es la de llegar con sus escritos á llamar la atención gene-

ral, lo suficiente para que su nombradía le sirva para obtener algún empleo en una oficina de Estado: en el mayor número de estos felices resultados, el empleo no sólo es de corto sueldo, sino que no se aviene con las aficiones é inclinaciones del literato, y lo más común es que el *literato-oficinista* se olvide de esas aficiones y deje de cultivar las letras, para consagrarse á las tareas de su empleo, que siquiera le da para mantenerse y mantener á su familia modestísimamente. A cada rato se moteja al literato que en esas circunstancias se encuentra, de que se ha *vendido al Poder, por un pedazo de pan*, y se le excita á volver al cultivo y ejercicio de la literatura. Pobre literato! Quienes tal dicen y á tal cosa le invitan, hácenle sangriento insulto. No, no es *vendido* ni *holgazán* el literato que tal solución acepta. Cuántas veces ese *pedazo de pan*, único que lleva á su boca y á la de los suyos, resulta tan amargo que sólo por la fuerza del hambre pueden él y los suyos comerlo! Pobre *escritor-oficinista* que se encuentra en tal ó cual departamento de una administración, expuesto á las intemperancias de un jefe burdo, y á la envidia y la malquerencia de compañeros iliteratos, ignorantes é insolentes, que le miran y le tratan mal por lo mismo que se sienten inferiores á él en inteligencia y cultura!

¿Pero á dónde acudir si á ese recurso único no acude, cuando la poca afición á pagar lo que se lee, deja al escritor mexicano sin posibilidad para vivir de sus escritos? ¿Buscará un empleo particular en el comercio ó sus instituciones? Los empleos particulares son más fatigosos, absorben mayor cantidad de tiempo y de fuerzas que los empleos en la administración pública, y no están mejor retribuidos. Por experiencia propia nuestra, sabemos que el mercader enriquecido innoblemente, y de un modo ilegítimo en la mayoría de los casos, es un jefe opresor y bestial que sólo abriga simpatías por el dependiente que no le supera en cultura, y por esa razón no puede favorecer ni considerar á otro dependiente instruido, como lo sería un literato, que para él no pasa de ser un soñador ó un holgazán. Quien como el autor de este libro alguna vez, por su desgracia, se ha visto á las órdenes de un jefe semejante, y ha podido experimentar lo que es un *animal* armado con autoridad y con dinero, convendrá con nosotros en que nada exageramos. No hay pues, para una persona inteligente otro medio de acometer las dificultades de la *lucha por la vida* que el empleo en la administración pública. Pero se nos hará observar que además de las propiamente llamadas bellas letras, queda y está el periodismo como un recurso. Aquí lo es sumamente reducido: un gacetillero no suele ganar, en el mejor caso, un sueldo mayor de ochenta pesos mensuales, y eso en periódicos de grande circulación, que son los menos: en los que de esto no pueden felicitarse, un gacetillero no alcanza más de quince ó veinte pesos: un escritor de editoriales ó artículos de fondo no gana más de cien pesos por un

trabajo tan pesado, difícil y comprometido como el que importan los editoriales en un país de tan escaso movimiento sensacional y político como el nuestro: los más estimados cronistas y revisteros no son retribuidos con más de cinco ó de diez pesos por artículo, y la poca conciencia ó el interés económico del editor, le sustituye muchas veces con la admisión de producciones de colaboradores, que abundan ya por el deseo de darse á conocer, ó de celebrar ó aplaudir á tal ó cual personaje, ó tal ó cual suceso que al colaborador haya de reportar beneficio ó utilidad. El periodismo, que en México y en sus tiempos más brillantes se ha sostenido sin idea de lucro por eminentes escritores generosamente impulsados á la lucha por el amor á la patria ó por el amor á sus ideales y convicciones políticas, no es aún en los tiempos actuales lo que se puede llamar buena empresa y buen negocio. Seis ú ocho mil ejemplares en el tiro de un periódico rayan casi en lo imposible: los más aceptados diarios políticos no imprimen, en números de entre semana, más de tres ó cuatro mil ejemplares, y en los festivos ó por algún motivo excepcional, cuatro ó cinco mil: muchos no pasan de mil números diarios; y los más, mantenidos con subvenciones ó de círculos privados ó de centros oficiales, no imprimen sino cuatrocientos ó quinientos ejemplares, y en ocasiones doscientos y aún ciento cincuenta. En solicitud de utilidad sólo acuden al periodismo los que buscan por medio de la publicidad de sus talentos un empleo en el gobierno, un sillón en las cámaras, ó un puesto saliente en cualquiera administración: así lo hemos dicho ya y lo repetimos aquí, y según ya dijimos también y volvemos á repetirlo, la generalidad de los que esa meta alcanzan se contentan con la fama más ó menos grande que hayan hasta allí logrado, y cesan de cultivar la literatura, ó por no comprometer su nombradía, ó porque sus facultades se entorpecen con las labores rutinarias de la oficina, ó por no dar motivo á que la envidia de quienes aun no logran subir, amargue con sus censuras y críticas la humilde paz del hogar en que al menos no falta el pan de cada día.